

ALEMANIA

Una ciudad medieval

SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12

TURISMO/12

DOMINGO 2 DE MAYO DE 1999

ANDINISMO

En la cumbre del volcán Lanín



Primavera en NUEVA YORK

Por Ana von Rebeur

ALEMANIA: ROTHENBURG OB DER TAUBER, UNA CIUDAD

Delicias de la vida

En el corazón de Alemania –a mitad de camino entre Frankfurt y München y muy cerca de Nuremberg– la ciudad de Rothenburg ob der Tauber quedó milagrosamente intacta luego de varias guerras y preservada tal como era en los tiempos medievales porque, de tan pobre le daba lástima a los enemigos.

Sergio Penchansky



LA CIUDAD VIEJA ES UNA ISLA DE SILENCIO: NO PUEDEN CIRCULAR LOS AUTOS.

El tren que partió de Frankfurt atraviesa campiñas de suaves colinas pintadas de amarillo por la flor de colza, cultivo extensivo en todo el centro y sur de Alemania, y se detiene en una elegante estación. Todo el color de los geranios en flor colgando de las macetas en los andenes indican la llegada a "Rothenburg o.d.T.", como se lee en el cartel que distingue a esta pequeña Rothenburg ob der Tauber –"sobre el Tauber", nombre del río que la rodea– de la otra Rothenburg alemana, una enorme ciudad esencialmente industrial.

En esta Rothenburg, la única industria es la que no hace humo: el turismo, que llega atraído por sus encantos medievales. La ciudad se divide en dos partes: la ciudad vieja ("Alte Stadt"), resguardada por el intacto muro que la rodea, y la moderna ("Neue Stadt"), un poblado de modernas casas bajas, con impecables avenidas circulares, combadas en torno a los muros.

Como la mayoría de las ciudades medievales, Rothenburg fue construida sobre un promontorio elevado. A la ciudad vieja no se puede entrar con autos. Por eso hay que dejarlo en uno de los parquímetros a monedas que se encuentra justo frente a la puerta principal de la muralla. Un inmenso portón doble de madera marca la entrada a la ciudad antigua. Desde la cima del muro –a la que se accede por escaleras junto al portón– se obtienen espléndidas vistas panorámicas de la ciudad de apretados techos a dos aguas que resisten el paso de los siglos: la misma vista que tenían los centinelas medievales cuya mirada se perdía tras las colinas circundantes. La ciudad vieja es una isla de silencio donde sólo se oyen las pisadas de los transeúntes sobre los viejos adoquines lustrados por el tiempo, el murmullo de las conversaciones y el aleteo de las palomas de la plaza central.

En el Medioevo, las puertas de la ciudad se cerraban a las diez de la noche y sólo quedaban afuera los leprosos y los ladrones.

Las casas de Rothenburg son de colores pastel, empinados techos de tejas y fachadas con vigas cruzadas de madera, típicas de los pueblos nórdicos. Encima de sus puertas, las vigas tienen labrada la fecha de construcción. Hay casas de dos y tres pisos con sus vigas combadas por el peso, que en góticos números labrados declaran haber sido construidas en los años 970, 1107 o 1203.

Curiosamente, Rothenburg le debe su admirable estado de conservación a su legendaria pobreza. Situada entre ciudades importantes, Rothenburg nunca fue nada más que un pequeño pueblito de agricultores, cuya fortuna dependía de sus cosechas.

Aunque en las guerras medievales sufrieron un saqueo tras otro, nadie podía llevarse mucho de aquí. La mayor riqueza de los pocos burgueses que habitaban las casas de la avenida central eran los grandes panes de sal que acumulaban en aleros bajo el techo y contra sus ventanas, a salvo de los ladrones y de las lluvias, y que servían para conservar la carne en una época en que no existían las heladeras. Dado el valor que tenía la sal para hacer conservas duraderas, a los trabajadores se les pagaba con trozos de sal. De ahí justamente proviene las palabra "salario" como sinónimo de sueldo, en tiempos en que la sal era más valiosa que el oro.

Viaje a la Edad Media

Caminando por la avenida principal, a metros de una fuente de piedra, se ven unas antiguas varas de hierro de distinto tamaño clavadas en la pared de la antigua Municipalidad (Rathaus), que en el medioevo se usaban para medir todo lo medible. Como en esa época no existía ningún sistema universal de medidas, cada pueblo tenía sus medidas que decidían por convención, pero que no se usaban en ningún otro pueblo. Al llegar un mercader, los pobladores debían exhibir cuál era el sistema de medición local. En esa pared se ven diversas medidas: la vara que en Rothenburg medía la tierra (la más larga), seguida por la que medía la tela, la que medía el papel, la pesa para grano, y la de pesar el pan. Todas eran de vital importancia para decidir el precio de la mercadería.

Unos metros más adelante se encuentran dos lugares especiales: los "Weihnachtmarkt" –Mercados de Navidad– más famosos de Alemania, uno enfrente del otro. El más antiguo es el que está a mano izquierda. Meterse allí es como ingresar a la dimensión mágica de una perpetua Navidad. Todos los artículos imaginables de decoración navideña, de primerísima calidad, alemanes e importados de distintas partes del mundo, se exhiben entre mesas decoradas para la típica cena de Navidad junto a guirnaldas, regalos alegóricos y abetos fastuosos rodeados por un encantador decorado que imita un pueblo nevado bajo un cielo tachonado de estrellas artificiales, y con villancicos como música de fondo. Durante las semanas previas a la Navidad, este Mercado invade la calle central y recibe las visitas de todas partes del mundo.

Al final de la ancha avenida se llega a los jardines que son el mirador de la ciudad sobre el paisaje ondulado de los trigales. Para ello se atraviesa otra puerta en la muralla, custodiada por una máscara de piedra con la boca abierta sobre el portón, de la que caía aceite hirviendo sobre quienes intentaran forzar la puerta. En el Medioevo, las puertas de la ciudad se cerraban a las diez de la noche y sólo quedaban afuera los leprosos y los ladrones.

Una pequeña puertita abierta sobre la puerta mayor obligaba a agacharse para entrar. Esto le daba a los centinelas el tiempo suficiente para ver si quien se agachaba era del pueblo o era un forastero, en cuyo caso el extraño corría el riesgo de perder la cabeza antes de poder poner un pie dentro de la ciudad amurallada.

En la temporada estival, la plaza de la Municipalidad (Rathaus) se llena de turistas que se sientan sobre el adoquinado del suelo a disfrutar del sol, refrescarse con la fuente, subirse a una antigua carroza de caballos para recorrer las calles o esperar a que nuevamente suenen las campanadas del "Meistertrunk", un reloj que representa un hecho heroico de la ciudad. Cuenta la historia que Rothenburg fue invadida por un capitán particularmente despiadado, quien al comprobar que allí no había joyas ni monedas de oro decidió incendiar la ciudad. Los habitantes le rogaron que tuviera piedad, convidándole una cuba de la afamada cerveza de la zona para aplacar su ira. En un acto de ma-

Sergio Penchansky

UNA ESCENOGRAFIA DE LA EDAD MEDIA.

Tiempos difíciles

Pese a que el sonido de un laúd saliendo de alguna ventana de Rothenburg hace imaginar lo bello que habrá sido vivir en Rothenburg en el año 1000, todo parece indicar que aquéllos eran tiempos difíciles.

De esto da testimonio el Mittelalterliches Kriminalmuseum o Museo Medieval del Crimen, que reúne una colección de objetos de tortura y castigo del delito tan inusuales como el Iron Maiden (Dama de Hierro), un sarcófago cerrado con agudos pinches de hierro en su interior en el que se encerraba a las muchachas rebeldes que desobedecían a sus padres o se enamoraban del hombre equivocado.

También se solía colocar un casco de pesado hierro con forma de cabeza de cerdo a aquel que dijera groserías o que pecara de goloso. Un violín de hierro se colgaba del cuello del músico desafinado. A los panaderos que aumentaban el precio del pan se los castigaba encerrándolos en una jaula que se hundía en una pileta delante de todo el pueblo, hasta que pidiera clemencia y prometiera bajar el precio de los bizcochos y galletas. En el museo se exhibe, además, una numerosa colección de cinturones de castidad de uso obligatorio para las damas cuyos maridos debían ausentarse por viajes de negocios o por la guerra.

CERCA DE NUREMBERG

medieval

licia sádica, el capitán prometió salvar la vida de la ciudad si alguno de sus habitantes era capaz de beberse la cuba entera de cerveza de un solo trago. Sacrificándose por su pueblo, el alcalde cumplió con semejante proeza. Asombrado por el heroico y etílico acto, el malvado capitán no tuvo más remedio que dejar al pueblo en paz y se retiró con su ejército. Esta hazaña glorificó al alcalde y se recuerda en el carrillón del reloj de la plaza: junto con el sonar de las campanadas multitonales, muestra en una ventana unos muñecos de madera policromada que representan la escena del capitán amenazando con su espada al alcalde, y el alcalde bebiendo la cuba de cerveza que salvó a su pueblo, escena conocida como "Meistertrunk". Esta es la gran atracción de la ciudad.

Un guía con tricornio

Todos los días, a las ocho de la noche en punto, un extraño personaje aparece en esta plaza vestido a la usanza medieval –con tricornio y capa negra, una lanza en la mano y un farol a luz de vela en la otra– y hace sonar un antiguo corno de caza. Su profundo sonido retumba en la plaza. Los curiosos se acercan a él. En alemán y luego en inglés, el hombre del tricornio anuncia el inicio de su visita guiada nocturna y bilingüe por los rincones más insólitos de Rothenburg. Cuenta uno por uno a los curiosos que lo rodean, invitándolos a seguirlo por las callejuelas oscuras

Hay casas de dos y tres pisos con sus vigas combadas por el peso, que en góticos números labrados declaran haber sido construidas en los años 970, 1107 o 1203.

iluminadas solamente con antiguos farolitos a gas. Su capa flamea mientras sumerge al grupo en un viaje al Medioevo, narrando con detalle lo bueno y lo malo, lo bello y lo siniestro de esos tiempos. Lo malo es que no había higiene alguna, ni médicos a mano. Las aguas servidas se arrojaban por la ventana directo a la calle, y las muelas se arrancaban emborrachando primero al paciente y dejándolo inconsciente a cachiporrazos en la nuca. Las mujeres morían en el parto y los leprosos eran excluidos de la sociedad, y obligados a vestirse de gris para que los demás los reconocieran y evitaran.

Las murallas perimetrales tienen unos bancos de piedra con agujeros redondos a través de los cuales se ve el pasto de extramuros, allá abajo. "Estos eran los baños de los centinelas", dice el guía. "En la época feudal había que vigilar la ciudad permanentemente. Las ciudades eran de quienes ganaban las batallas. Rothenburg sufrió invasiones y sitios en los que el enemigo se instaló en la casa, mató a los hombres y embarazó a las mujeres, haciéndolas suyas. Sabiendo que aquí no había riquezas, no se molestaron en incendiar este lugar, como incendiaban todo. Luego el lugar les gustó, y se quedaron aquí. Seguramente, yo mismo soy descendiente de alguno de aquellos salvajes", deduce sonriendo bajo el ala de su tricornio. "Otros vinieron después, y vieron al pueblo tan pobre que se retiraron enseguida, porque este lugar les dio lástima. De las bombas de la guerra nos salvamos porque Rothenburg era demasiado pequeño para que los aliados dieran en el blanco."

Un par de horas más tarde, el tour nocturno termina en la plaza central de donde partió, y el guía de larga capa anuncia al estilo antiguo, el equivalente alemán de "Las diez han dado, y sereno" en el mismo tono cantado que se usaba antaño. Luego deja el farol en el suelo y se acerca a cada visitante, ofreciéndole postales donde aparece él mismo frente a la torre del reloj, con su atuendo medieval. "La postal sale un dólar. El tour cuesta cinco", anuncia, atento a que ninguno de sus guiados se escape sin pagar.

Un perro le aúlla a la luna en alguna calle vecina y su aullido hace eco en los muros centenarios. De alguna ventana se escucha un chocar de copas y risas de gente que está brindando. El grupo paga, se dispersa, y otros curiosos rodean al extraño guía, que se apresta para dar nuevamente otra fantasmagórica vuelta al pueblo milenario que se detuvo en el tiempo.

Sergio Penchansky



TECHOS A DOS AGUAS Y CASAS DE VARIOS SIGLOS.

Por Florencia Podestá

Cuando el frío impiadoso del invierno neoyorquino ha quedado atrás y todavía no llegaron los calores que hacen ondular el asfalto, Manhattan es la ciudad ideal para caminar. Los propios habitantes afirman que su ciudad es sorprendentemente *walker-friendly* –literalmente "amistosa para el caminante"– a pesar de la gran cantidad de automóviles (algo que no podría afirmarse de nuestra capital).

Mientras en las grandes tiendas sólo se advierte la llegada de la primavera por las monumentales ventas del invierno que fue, en el Central Park vemos una transfiguración. Cientos de árboles pelados se cubren completamente, de una semana para otra, con flores diminutas, blancas o rosas. Es un espectáculo difícil de olvidar, porque las arboledas son interminables, y uno puede caminar horas y horas bajo ese follaje etéreo, donde todavía no hay signos de verde. La mayoría son especies frutales, ciruelos o cerezos, o un tipo de árbol de origen japonés que tiene flores enormes y rosadas con forma de copa larga. Cuando sopla el viento, miles de flores vuelan y se apilan sobre el césped como tapices blancos o rosados que de lejos, especialmente en las mañanas todavía frías, parecen manchones de nieve tardía. Los neoyorquinos aprovechan los primeros días más cálidos para hacer picnic en cualquier parte, o para llevar al parque sus caballetes y telas, y pintar; también, como las flores, empiezan a brotar en el Central Park los músicos callejeros. Sobre un montículo verde junto al lago, un guitarrista de nombre Russel Donnellon, un anónimo Al Di Meola, hipnotiza con sus composiciones a los paseantes, que interrumpen la caminata y se sientan a escuchar. En una cajita sobre el pasto tiene sus cd a la venta.

En el Hemisferio Norte pasó el invierno, y las calles y plazas neoyorquinas se inundan de gente, flores y mercados. Una recorrida bajo el tibio sol por negocios y galerías de arte del Soho y ferias artesanales. Pero también las exhibiciones de temporada: esculturas de arcilla de Picasso en el Metropolitan Museum of Art y la muestra "El Museo como Musa" en el MOMA.

TIEMPO DE PRIMAVERA EN NUEVA YORK

Manhattan en

Un paseo por el Soho

Otro de los sitios –el mejor en opinión de algunos– para explorar a pie es el Soho, un concentrado de galerías de arte pequeñas y exquisitas y negocios sofisticados en donde los productos a la venta son creaciones originales y exclusivas; desde boutiques de ropa, tiendas de piezas de arte decorativas y antigüedades de Nepal hasta herboristerías de medicina natural y cosmética corporal, incluyendo un par de horas en un spa.

Este barrio no siempre fue así. Antes de 1950 era una zona de pequeñas fábricas trajinadas por trabajadores inmigrantes. Pero a partir de ese año los artistas del Greenwich Village, huyendo de los altos alquileres, comenzaron a ocupar ilegalmente los edificios vacíos. Optaron por vivir precariamente en sitios casi inhabitables –ex industriales– a cambio de disponer de espacios enormes para sus estudios o talleres de trabajo, inventando eso que hoy se conoce por aquí como loft, los cuales todavía, al menos conceptualmente, parecen guardar alguna relación con motivaciones artísticas. Así en los 60 el Soho se convirtió en meca del arte y la "movida" de Nueva York, y mucha gente adinerada empezó a mudarse allá. Por supuesto que cuando las propiedades subieron –y todos los precios del barrio en general– se volvió demasiado caro para los artistas, que vendieron y se mudaron a Brooklyn o a Hoboken; pero las galerías, sitios de exhibición y negocios exclusivos permanecen. Ahora también se intercalan restaurantes de cocinas de todo el mundo, en especial de Francia y del Lejano Oriente, lugares perfectos para reponerse después una tarde de exploración. Para los presupuestos gasoleros, un poco más económicas son las *delicatessen*, que venden manjares para llevar –panes integrales de gengibre, de nuez, de chocolate, "pain de seigle", quesos, ensaladas, tortas–, como la Balthazar Bakery (80 Spring St.) y la clásica Dean & Deluca (580 Broadway).

Ferias callejeras

En la primavera comienzan a entrar en actividad febril los mercados callejeros. En el Soho podemos pasar un fin de semana vagando por el mercado de pulgas de antigüedades y coleccionistas (Broadway y Grand Street), lo cual incluye todo lo imaginable. Es mejor llegar temprano, para poder caminar entre los puestos antes de que las multitudes nos arrastren (los vendedores llegan con el alba). La oferta es variada: podemos comprar una cómoda antigua, y también una caja de herramientas para ajustar todas sus partes flojas, vestidos para llenarla y una lámpara Lalic para poner encima.

Un acontecimiento anual que no hay que perderse es la Gran Feria de Primavera en la calle 42, una especie de festival de los mercados callejeros donde se venden antigüedades victorianas, art nouveau y art déco.

También en el Soho, el mercado de Spring Street ofrece ropa más casual e impersonal, nueva y de segunda mano, aunque siempre vale la pena recorrer los puestos de las calles vecinas en donde ocasionalmente aparece algún joven artista vendiendo sus propios diseños de ropa y joyas.

Un acontecimiento anual que no hay que perderse es la "Gran Feria de primavera" en la calle 42, una especie de festival de los mercados callejeros en donde se venden antigüedades victorianas, art nouveau y art déco; y en ocasiones también, como suele suceder, alguna pava vieja y oxidada a precio de *antique*. Otro evento de este tipo es el Spring Crafts, "Artesanías de Primavera", una feria muy especial que tiene lugar durante los fines de semana de abril y mayo en pleno West Side (Columbus Avenue entre la 77 y la 81). Allí ciento cincuenta artesanos y artistas presentan sus trabajos originales en carpintería, cerámica, alfombras y tapices, ropa etc., las más imaginativas producciones del arte popular y folk



VIDRIERA DE UN ANTICUARIO EN EL SO

Fotos: Florencia Podestá

TIEMPO DE PRIMAVERA EN NUEVA YORK

Manhattan en flor

Por Florencia Podestá

En el Hemisferio Norte pasó el invierno, y las calles y plazas neoyorquinas se inundan de gente, flores y mercados. Una recorrida bajo el tibio sol por negocios y galerías de arte del Soho y ferias artesanales. Pero también las exhibiciones de temporada: esculturas de arcilla de Picasso en el Metropolitan Museum of Art y la muestra "El Museo como Musa" en el MOMA.

Cuando el frío impiadoso del invierno neoyorquino ha quedado atrás y todavía no llegaron los calores que hacen ondular el asfalto, Manhattan es la ciudad ideal para caminar. Los propios habitantes afirman que su ciudad es sorprendentemente *walker-friendly* –literalmente "amistosa para el caminante"– a pesar de la gran cantidad de automóviles (algo que no podría afirmarse de nuestra capital).

Mientras en las grandes tiendas sólo se advierte la llegada de la primavera por las monumentales ventas del invierno que fue, en el Central Park vemos una transfiguración. Cientos de árboles pelados se cubren completamente, de una semana para otra, con flores diminutas, blancas o rosas. Es un espectáculo difícil de olvidar, porque las arboledas son interminables, y uno puede caminar horas y horas bajo ese follaje etéreo, donde todavía no hay signos de verde. La mayoría son especies frutales, ciruelos o cerezos, o un tipo de árbol de origen japonés que tiene flores enormes y rosadas con forma de copa larga. Cuando sopla el viento, miles de flores vuelan y se apilan sobre el césped como tapices blancos o rosados que de lejos, especialmente en las mañanas todavía frías, parecen manchones de nieve tardía. Los neoyorquinos aprovechan los primeros días más cálidos para hacer picnic en cualquier parte, o para llevar al parque sus caballetes y telas, y pintar; también, como las flores, empiezan a brotar en el Central Park los músicos callejeros. Sobre un montículo verde junto al lago, un guitarrista de nombre Russel Donnellon, un anónimo Al Di Meola, hipnotiza con sus composiciones a los paseantes, que interrumpen la caminata y se sientan a escuchar. En una cajita sobre el pasto tiene sus cd a la venta.

Un paseo por el Soho

Otro de los sitios –el mejor en opinión de algunos– para explorar a pie es el Soho, un concentrado de galerías de arte pequeñas y exquisitas y negocios sofisticados en donde los productos a la venta son creaciones originales y exclusivas; desde boutiques de ropa, tiendas de piezas de arte decorativas y antigüedades de Nepal hasta herboristerías de medicina natural y cosmética corporal, incluyendo un par de horas en un spa.

Este barrio no siempre fue así. Antes de 1950 era una zona de pequeñas fábricas trajinadas por trabajadores inmigrantes. Pero a partir de ese año los artistas del Greenwich Village, huyendo de los altos alquileres, comenzaron a ocupar ilegalmente los edificios vacíos. Optaron por vivir precariamente en sitios casi inhabitables –ex industriales– a cambio de disponer de espacios enormes para sus estudios o talleres de trabajo, inventando eso que hoy se conoce por aquí como loft, los cuales todavía, al menos conceptualmente, parecen guardar alguna relación con motivaciones artísticas. Así en los 60 el Soho se convirtió en meca del arte y la "movida" de Nueva York, y mucha gente adinerada empezó a mudarse allá. Por supuesto que cuando las propiedades subieron –y todos los precios del barrio en general– se volvió demasiado caro para los artistas, que vendieron y se mudaron a Brooklyn o a Hoboken; pero las galerías, sitios de exhibición y negocios exclusivos permanecen. Ahora también se intercalan restaurantes de cocinas de todo el mundo, en especial de Francia y del Lejano Oriente, lugares perfectos para reponerse después una tarde de exploración. Para los presupuestos gasoleros, un poco más económicas son las *delicatessen*, que venden manjares para llevar –panes integrales de gengibre, de nuez, de chocolate, "pain de seigle", quesos, ensaladas, tortas–, como la Balthazar Bakery (80 Spring St.) y la clásica Dean & Deluca (580 Broadway).

Ferias callejeras

En la primavera comienzan a entrar en actividad febril los mercados callejeros. En el Soho podemos pasar un fin de semana vagando por el mercado de pulgas de antigüedades y coleccionistas (Broadway y Grand Street), lo cual incluye todo lo imaginable. Es mejor llegar temprano, para poder caminar entre los puestos antes de que las multitudes nos arrastren (los vendedores llegan con el alba). La oferta es variada: podemos comprar una cómoda antigua, y también una caja de herramientas para ajustar todas sus partes flojas, vestidos para llenarla y una lámpara Lalic para poner encima.

Un acontecimiento anual que no hay que perderse es la Gran Feria de Primavera en la calle 42, una especie de festival de los mercados callejeros donde se venden antigüedades victorianas, art nouveau y art déco.

También en el Soho, el mercado de Spring Street ofrece ropa más casual e impersonal, nueva y de segunda mano, aunque siempre vale la pena recorrer los puestos de las calles vecinas en donde ocasionalmente aparece algún joven artista vendiendo sus propios diseños de ropa y joyas.

Un acontecimiento anual que no hay que perderse es la "Gran Feria de primavera" en la calle 42, una especie de festival de los mercados callejeros en donde se venden antigüedades victorianas, art nouveau y art déco; y en ocasiones también, como suele suceder, alguna pava vieja y oxidada a precio de *antique*. Otro evento de este tipo es el Spring Crafts, "Artesanías de Primavera", una feria muy especial que tiene lugar durante los fines de semana de abril y mayo en pleno West Side (Columbus Avenue entre la 77 y la 81). Allí ciento cincuenta artesanos y artistas presentan sus trabajos originales en carpintería, cerámica, alfombras y tapices, ropa etc., las más imaginativas producciones del arte popular y folk norteamericano. También durante los fines de semana de mayo se instala en el Greenwich Village (área del Washington Square) una exhibición de arte y artesanías al aire libre, donde se reúnen además *performers* y músicos callejeros en un clima espontáneo de happening. En la plaza una chica negra canta blues, ella sola y un bajo; cuando termina, en su lugar una pareja entona antiguas canciones sefaradíes, tan melancólicas como el blues.

VIDRIERA DE UN ANTICUARIO EN EL SOHO.

Mundos y museos

Sin embargo, como dice Woody Allen en su film *Manhattan*, "podría llover", incluso en primavera. En ese caso –o en cualquier otro– es muy recomendable una visita al fabuloso Metropolitan Museum of Art, que ostenta dos records interesantes: es el museo más grande de Occidente (sí, mayor que el Louvre y que el British Museum) con colecciones extraordinarias de casi todo lo concebible, incluyendo un templo completo traído desde Egipto piedra por piedra; y es uno de los museos más kitsch, que asombra con una bizarra yuxtaposición de eras, pueblos y culturas, confiterías de estilo símil etrusco y largos nombres de los benefactores del museo adornando cada picaporte. Según los nativos, el Met es una buena razón para vivir en Nueva York.

En esta primavera se abren varias exposiciones temporarias, algunas imperdibles. Por ejemplo, la muestra de 200 esculturas de arcilla hechas por Picasso (hasta el 6 de junio). Otra exhibición atractiva llega de Italia y es el "Tesoro de San Francisco de Asís", 70 objetos –pinturas, orfebrería, manuscritos– relacionados con el santo y con la reconstrucción de la ciudad de Asís después del terremoto (hasta el 27 de junio). Los amantes de lo lejano se maravillarán con la muestra de dibujos del siglo XVI al XVIII provenientes de las cortes hindúes de Rajastán y las montañas de Punjab, o con el arte de Borneo (hasta julio).

En "el otro" museo de Nueva York, el MOMA (Museum of Modern Art), también se abre una muestra fascinante y muy original esta primavera, cuyo tema es "el museo como musa", en la que el museo reflexiona sobre sí mediante los trabajos de 62 artistas, quienes a su vez reflexionan, a veces con mucha ironía, sobre su propia relación con el museo, valiéndose de medios como la pintura, escultura, fotografía, video e instalaciones. Entre lo más interesante están los "museos personales" que exponen algunos artistas. Por ejemplo, de Claus Oldenburg: el Mouse Museum, una enorme cabeza de Mickey Mouse que alberga 385 objetos vinculados con el ratón, fruto de un obsesivo afán coleccionista. O el Museo de Freud, de Susan Hiller, una vitrina repleta de fragmentos de historia (tierra de una plaza, huesos, una flecha indígena...). O la "Boite-en-valise" de Marcel Duchamp, el minimuseo portátil del artista, en una valija.

Si paró de llover ya podemos volver a las calles. Seguramente queremos tomar algo. Caminamos un poco, y casi en la esquina aparece un café sin estridencias, de nombre olvidable. Pero adentro nos llama la atención la cantidad y variedades de cafés listos para moler: originarios de diferentes países de Asia, de Africa y de América, prácticamente de todo lugar en el mundo donde se produce café. También hay varios azúcares: blanca, dorada, negra. Y esencias y especias para combinar. Y los tradicionales muffins de avena, para acompañar. Por casualidad hemos llegado al paraíso de los fanáticos del café. En la esquina de la Lexinton Avenue y la 57 bebemos, probablemente, el mejor capuccino de Nueva York.

Datos útiles

El pasaje a Nueva York vale alrededor de 800 U$S. Sin duda lo más caro es el alojamiento (los precios para comer son los mismos que en Argentina). Los hoteles de lujo que cobran 300 U$S la habitación doble abundan, y se encuentran fácilmente. Más difíciles de hallar son los que cobran menos de 100 U$S la doble; convienen si somos dos, o más. Algunos son: Broadway Bed & Breakfast Inn, fax 212/768-2807; Carlton Arms (cada habitación es única, decorada y pintada por un artista), tel. 212/6848337; Chelsea Inn, fax 212/ 645-1903. Larchmond Hotel, en el West Village, fax 212/ 989-9496. Olcott Hotel, en el Upper West Side, con kitchennet, fax 212/580-0511; Washington Square Hotel, en el Village a una cuadra del club de jazz Blue Note, fax 212/979-8373.

Una vez allá, para saber qué pasa día a día es útil comprar la revista *Time Out New York*, una guía semanal extensa de todo lo que hay para ver. Otra publicación interesante y más "de opinión" es *The Village Voice*, con información sobre música y noche neoyorquina, y además una sección con avisos de alquiler de departamentos.



SOBRE LA CABEZA, UN EXCÉNTRICO Y MUY FLORIDO JARDÍN.







Fotos: Florencia Podestá



Datos útiles

El pasaje a Nueva York vale alrededor de 800 U$S. Sin duda lo más caro es el alojamiento (los precios para comer son los mismos que en Argentina). Los hoteles de lujo que cobran 300 U$S la habitación doble abundan, y se encuentran fácilmente. Más difíciles de hallar son los que cobran menos de 100 U$S la doble; convienen si somos dos, o más. Algunos son: Broadway Bed & Breakfast Inn, fax 212/768-2807; Carlton Arms (cada habitación es única, decorada y pintada por un artista), tel. 212/6848337; Chelsea Inn, fax 212/ 645-1903. Larchmond Hotel, en el West Village, fax 212/ 989-9496. Olcott Hotel, en el Upper West Side, con kitchennet, fax 212/580-0511; Washington Square Hotel, en el Village a una cuadra del club de jazz Blue Note, fax 212/979-8373.

Una vez allá, para saber qué pasa día a día es útil comprar la revista *Time Out New York*, una guía semanal extensa de todo lo que hay para ver. Otra publicación interesante y más "de opinión" es *The Village Voice*, con información sobre música y noche neoyorquina, y además una sección con avisos de alquiler de departamentos.



SOBRE LA CABEZA, UN EXCÉNTRICO Y MUY FLORIDO JARDÍN.

norteamericano. También durante los fines de semana de mayo se instala en el Greenwich Village (área del Washington Square) una exhibición de arte y artesanías al aire libre, donde se reúnen además *performers* y músicos callejeros en un clima espontáneo de happening. En la plaza una chica negra canta blues, ella sola y un bajo; cuando termina, en su lugar una pareja entona antiguas canciones sefaradíes, tan melancólicas como el blues.

Mundos y museos

Sin embargo, como dice Woody Allen en su film *Manhattan*, "podría llover", incluso en primavera. En ese caso –o en cualquier otro– es muy recomendable una visita al fabuloso Metropolitan Museum of Art, que ostenta dos records interesantes: es el museo más grande de Occidente (sí, mayor que el Louvre y que el British Museum) con colecciones extraordinarias de casi todo lo concebible, incluyendo un templo completo traído desde Egipto piedra por piedra; y es uno de los museos más kitsch, que asombra con una bizarra yuxtaposición de eras, pueblos y culturas, confiterías de estilo símil etrusco y largos nombres de los benefactores del museo adornando cada picaporte. Según los nativos, el Met es una buena razón para vivir en Nueva York.

En esta primavera se abren varias exposiciones temporarias, algunas imperdibles. Por ejemplo, la muestra de 200 esculturas de arcilla hechas por Picasso (hasta el 6 de junio). Otra exhibición atractiva llega de Italia y es el "Tesoro de San Francisco de Asís", 70 objetos –pinturas, orfebrería, manuscritos– relacionados con el santo y con la reconstrucción de la ciudad de Asís después del terremoto (hasta el 27 de junio). Los amantes de lo lejano se maravillarán con la muestra de dibujos del siglo XVI al XVIII provenientes de las cortes hindúes de Rajastán y las montañas de Punjab, o con el arte de Borneo (hasta julio).

En "el otro" museo de Nueva York, el MOMA (Museum of Modern Art), también se abre una muestra fascinante y muy original esta primavera, cuyo tema es "el museo como musa", en la que el museo reflexiona sobre sí mediante los trabajos de 62 artistas, quienes a su vez reflexionan, a veces con mucha ironía, sobre su propia relación con el museo, valiéndose de medios como la pintura, escultura, fotografía, video e instalaciones. Entre lo más interesante están los "museos personales" que exponen algunos artistas. Por ejemplo, de Claus Oldenburg: el Mouse Museum, una enorme cabeza de Mickey Mouse que alberga 385 objetos vinculados con el ratón, fruto de un obsesivo afán coleccionista. O el Museo de Freud, de Susan Hiller, una vitrina repleta de fragmentos de historia (tierra de una plaza, huesos, una flecha indígena...). O la "Boite-en-valise" de Marcel Duchamp, el minimuseo portátil del artista, en una valija.

Si paró de llover ya podemos volver a las calles. Seguramente queremos tomar algo. Caminamos un poco, y casi en la esquina aparece un café sin estridencias, de nombre olvidable. Pero adentro nos llama la atención la cantidad y variedades de cafés listos para moler: originarios de diferentes países de Asia, de Africa y de América, prácticamente de todo lugar en el mundo donde se produce café. También hay varios azúcares: blanca, dorada, negra. Y esencias y especias para combinar. Y los tradicionales muffins de avena, para acompañar. Por casualidad hemos llegado al paraíso de los fanáticos del café. En la esquina de la Lexinton Avenue y la 57 bebemos, probablemente, el mejor capuccino de Nueva York.

OHO.

NOTICIERO

Copahue en invierno

La Villa Termal Copahue, en la provincia del Neuquén, es el único lugar que cuenta con calles calefaccionadas con vapor geotérmico. Esta singular obra de ingeniería se inauguró el pasado 9 de abril y permitirá prolongar la temporada en la villa termal, ya que durante el invierno las copiosas nevadas hacían muy difícil el acceso a Copahue. Este sistema de calefacción directo (por losa radiante) consiste en una tubería empotrada en hormigón que se extiende por las calles de la villa termal para conducir el vapor geotérmico. La obra, inédita en el mundo, disolverá la nieve y el hielo de las principales arterias de este centro termal ubicado en las estribaciones del volcán Copahue. Por la variedad de aguas termales, lagunas y barros terapéuticos, así como por los servicios médicos con que cuenta, esta villa termal está considerada como una de los mejores de nuestro continente.

Paseos por San Isidro

El Centro de Guías de Turismo de San Isidro, una entidad sin fines de lucro, dedicada a la difusión cultural e histórica del partido de San Isidro (provincia de Buenos Aires) ha elaborado el programa de visitas guiadas –a pie y gratuitas– para pasear todos los domingos del mes de mayo. La cita del próximo 9 es a las 15 en el Museo Pueyrredón, ubicado en Rivera Indarte 48 (San Isidro), y se hará una visita ecológica al museo. Información: 4792-4743/4742.

EXPEDICION AL VOLCAN LANIN, CUMBRE

Andinistas en

El volcán Lanín es uno de los cerros más altos de la Patagonia argentina. Un ascenso hacia su cumbre muestra las marcas de antiguas erupciones. La aventura de un deslumbrante recorrido para llegar a la cima, desde donde se puede contemplar la fascinante geografía de los lagos y montañas del sur.

Fotos: Mariano Blejman


LLEGANDO A LA CIMA DEL VOLCÁN. UN GLACIAR CUBRE LOS BORDES DEL CRÁTER.

Por Mariano Blejman

Las montañas ejercen sobre los hombres una atracción similar a la que se siente cuando se mira el fuego. Mayor aún parece ser la atracción, cuando el fuego ha corrido por dentro de la montaña. Y –aunque saber que está extinto calma los ánimos– la mínima posibilidad de imaginarse cómo sucedieron las explosiones hace del ascenso a un volcán una experiencia cargada de adrenalina. Pues la atracción no es meramente visual. De hecho, esto quedó demostrado cuando el 10 de marzo a las 16.20 el primer grupo de no videntes americanos hizo cumbre en el volcán. La atracción es mental.

Semanas más tarde, una expedición de 16 personas organizada por el CUDA (Club Universitario de Andinistas de Mendoza) –entre las que participó un cronista de **Página/12**– inició el ascenso hacia la cumbre.

El volcán Lanín, de 3776 metros sobre el nivel del mar, está ubicado a 65 kilómetros al noroeste de Junín de los Andes, en la Patagonia argentina y se accede yendo hacia el paso Tromen, que une nuestro país con la ciudad de Pucón en Chile.

La diferencia de altura respecto de los cerros aledaños es inmensa, por lo que las vistas desde la cumbre, con buen tiempo, suelen ser impactantes. El ascenso se carga de magia y tiene un elemento a favor: las inclemencias de la altura no son determinantes a la hora

El contraste entre los húmedos bosques patagónicos y el desértico volcán es notorio. La lava no ha dejado ninguna posibilidad de que crezca algún tipo de vegetales más arriba de los 2000 metros.

de emprender la subida. Si bien la diferencia de altura entre la base y la cumbre es de 2500 m (sólo 200 menos que el Aconcagua), la escalada comienza sobre los 1200 m (a diferencia de los 4300 m iniciales del Aconcagua), haciendo que la aclimatación a la altura sea mucho más sencilla.

Años atrás, algunas carpas ubicadas en las laderas del cerro se volaron por los vientos que azotaron las laderas a más de 180 km/h. Por lo tanto, es conveniente confirmar un lugar en los refugios de altura, el RIM 26, el CAJA y el nuevo BIM ubicado a los 2300 m, una vez arribado al control de guardaparques.

Un volcán en ascenso

La expedición enfila por un sendero sin dejar de observar la magnética cumbre. En el primer día de ascenso, luego de realizar una leve marcha sobre un pequeño filo, llega el momento de la duda sobre el rumbo a seguir para acceder a un refugio de altura, considerando las tres alternativas que explicó un baqueano de la zona.

La Espina de Pescado es una opción directa y empinada. Son necesarias entre 4 y 5 horas para realizar el trayecto total. La otra opción es el Camino de Mulas, por donde se accede al refugio del BIM, el cual es utilizado esta vez por la expedición.

Hay una tercera opción, denominada Canaleta. En la bifurcación del Camino de Mulas se vuelve a tomar hacia la izquierda. Esta senda está reservada para los que bajan debido a su pendiente empinada y exigente, ya que es frecuente el desprendimiento de rocas.

Las mochilas cargadas con el equipo necesario para uno o dos días de espera, en caso de tormentas o mal tiempo en altura, se resienten sobre la columna vertebral. Los bastones en ambas manos son un apoyo pertinente para emprender un trekking de altura, donde la vista de los lagos del sur deslumbra los ojos del caminante.

El contraste entre los húmedos bosques patagónicos y el desértico volcán es notorio. La lava no ha dejado ninguna posibilidad de que crezca algún tipo de vegetales más arriba de los 2000 metros. Sobre la pared sur del volcán, la nieve se mantiene eterna. Cuando el atardecer encuentra la luna llena encima de las nubes bajas sobre el lago, el reflejo hace pensar en un tullido colchón de algodón, que favorece la llegada del sueño.

Enciende mi fuego

Desde los 2300 m sobre el nivel del mar, se escala hasta los 3776 metros. El día comienza temprano, cerca de las 4.30 a.m., con un reconfortante desayuno. Por lo general, en la segunda jornada comienza a utilizarse el equipo de montaña. En épocas de nieve, es

PATAGONICA

la cima



ENTRE LOS CIELOS DE LA CUMBRE.



EL COMIENZO DEL ASCENSO A LA MONTAÑA.

recomendable llevar botas dobles, grampones para los zapatos y piquetas largas para permitir un ascenso y un descenso más cómodos.

La caminata comienza cerca de las seis de la mañana y la luna no ha desaparecido del todo. Esta vez, el colchón de nubes sigue bajo y un amanecer cobrizo ilumina levemente el cielo. El ascenso continúa lentamente. Es conveniente subir por la nieve, cuando está en su punto justo, en horas tempranas de la mañana. La caminata dura unas cinco horas y a eso de las 11.30 de la mañana la expedición llega hasta la cumbre. En el trayecto se han dejado de lado algunas cascadas de hielo, una falsa cumbre (en la que más de un andinista cree estar terminando su recorrido) y sobre la derecha un planchón de nieve con espectaculares paredones del glaciar. Luego de dar unos pasos más sobre la izquierda del glaciar, cuidando de no pisar ninguna de sus grietas, se accede a la cumbre.

Cuando llega a la cima, la sensación de inestabilidad es inquietante. El cráter del volcán ha sido tapado íntegramente por la nieve, que ha dejado traslucir profundas grietas. Los cuerpos cansados se abrazan sobre la trunca cruz del cerro y el planchón de unos 50 metros de largo se puede recorrer de un lado a otro. La fascinación por el ascenso es recompensada con el buen tiempo, que ayuda a divisar algunos lagos del Parque Nacional Lanín. Desde allí la vista alcanza al lago Huechulanfquen y su continuación denominada Paimún. Del otro lado el lago Tromen, en el paso Tromen o Mamuil Malal, el inexplorado lago Quillehue, y más allá, enfrente y con su cumbre humeante, el activo y chileno volcán Villarrica, en cuyas laderas se encuentra el pueblo del mismo nombre. Un par de volcanes más se alcanzan a divisar aunque no se ve el mar, tal vez porque la altura del volcán no es suficiente para romper con la tangente visual.

Se ha logrado llegar a la cumbre y el desafío tiene su recompensa, como si los dioses se congraciaran con quienes se acercan a ellos. Hay tiempo para la comida, las fotos grupales y luego de un descanso comienza el descenso. Es conveniente tomar por los planchones de nieve asegurándose que no haya partes duras. Las cargadas botas dobles son un buen apoyo para los pies cansados y para no perderse es conveniente seguir las marcas que han sido dejadas en el trayecto.

Después de pasar a recoger los bártulos dejados en los refugios, se completa la bajada hasta la casa del guardaparque, que habita allí desde hace un par de años. En cada parada el cerro vuelve atrás mágicamente las miradas de los andinistas. Las grietas, la nieve y los senderos son recorridos visual y mentalmente una y otra vez. Es un ejercicio interesante intentar adivinar cuál fue el recorrido que hizo la lava antes de aplacarse.

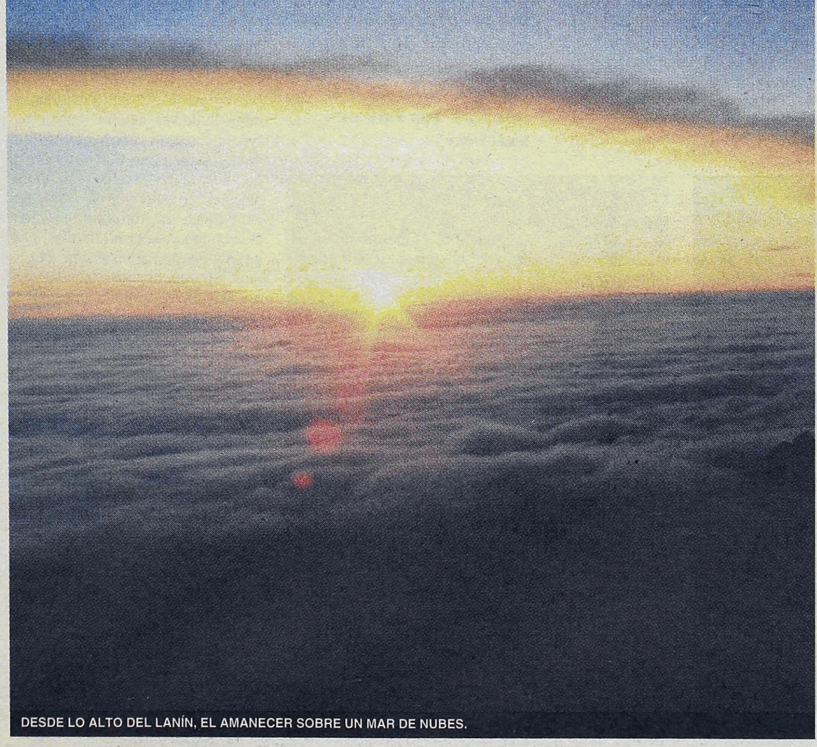
> ***Desde la cumbre, la vista alcanza al lago Huechulanfquen y al Paimún. También se divisa el lago Tromen, el inexplorado lago Quillehue, y más allá, enfrente y con su cumbre humeante, el activo y chileno volcán Villarrica.***

Ya sobre el final, los cuellos se retuercen, a través de la ventanilla del vehículo, devolviéndole la mirada al coloso. El nombre indica que el Lanín "murió de un atracón", según el lenguaje mapuche de la zona. Los diferentes basaltos que rebozan en sus laderas hablan de una historia llena de saltos y erupciones hasta que por algún extraño motivo dejaron de producirse. Imaginando las consecuencias de una nueva erupción, es mejor para todos que el Lanín descanse en paz para siempre.

NOTICIERO

Comunidad Wichi

Misión Chaqueña es una comunidad aborigen situada en la selva salteña, muy cerca de Formosa y a orillas del Río Bermejo. La Comisión Vecinal de la población Wichi, que habita en este lugar, puso en marcha un proyecto de turismo cultural y ecológico mediante el cual los visitantes podrán acampar en la casa de una de las familias de la comunidad para compartir las mateadas, aprender los procesos de elaboración de las artesanías y conocer el idioma wichi. Desde el poblado, se han organizado excursiones por el monte. Además de caminar entre antiquísimos quebrachos y algarrobos, se podrá explorar un ecosistema exuberante, hábitat de innumerables especies de aves. Como parte de las actividades, también está prevista una visita a la comunidad de Carboncito, a la cual se llega por un sendero abierto en la selva. Por las noches, junto al fogón, los narradores wichis les contarán a los visitantes viejas historias sobre la cosmovisión de su cultura. El precio total de esta excursión es de 290 pesos e incluye pasajes terrestres de ida y vuelta, traslados locales y comida. El próximo viaje es del 10 al 17 de mayo. Mayor información: Tel/Fax: 4792-1459.



DESDE LO ALTO DEL LANÍN, EL AMANECER SOBRE UN MAR DE NUBES.


LOS MINARETES Y LA CÚPULA DE LA MEZQUITA AZUL.

PALACIOS Y MEZQUITAS DE ESTAMBUL

Luz de Oriente

Punto de encuentro entre Europa y Asia, Estambul fue una puerta batiente entre dos mundos. Anclada entre el Bósforo y el mar de Mármara, la ciudad que fue capital del Imperio Otomano evoca el esplendor de Bizancio y el pasado romano, cuando se llamó Constantinopla.

Por Felisa Pinto

Como se ha dicho tantas veces, esta ciudad es el punto de encuentro entre Europa y Asia, anclada entre el Bósforo, el Cuerno de Oro y el mar de Mármara. Es una ciudad mítica que expresa por sí sola todo un encuentro complejo y muchas veces conflictivo de civilizaciones y, asimismo, toda una importante fracción de la humanidad. Estambul manifiesta por su historia y por su ubicación singular una parte significativa de la historia humana.

Elemento de unión –y también de tensión– entre el Occidente europeo y el Asia Menor, reúne en un solo lugar, bajo un solo nombre moderno, una realidad múltiple que evoca, por un lado, el pasado glorioso de Bizancio y, por el otro, las riquezas y afanes del Imperio Romano de Oriente, cuando era Constantinopla, y allí se codificaba el derecho romano. Finalmente en el pasado islámico y hasta 1923, fue la capital del Imperio Otomano.

Para comprender mejor la topografía de la ciudad histórica, edificada sobre siete colinas, nada más adecuado que una visita a lo alto de la torre de Gálata, situada en el corazón de la ciudad moderna. Desde allí la mirada perpleja del visitante se hunde en una suerte de bosque de minaretes y de cúpulas aéreas. Desde allí es más fácil percibir los vestigios del esplendor de Bizancio, de los emperadores y de los sultanes; a partir de allí se puede empezar a caminar al encuentro de los bazares y los mercados, lo que hace al Estambul de hoy, ciudad moderna y trepidante, con sus siete millones de habitantes, que no ha perdido su encanto añejo y los perfumes venidos de rincones remotos del Oriente.

Santa Sofía y las mezquitas

En lo histórico y monumental, se impone comenzar por la Basílica de Santa Sofía. Edificada inicialmente en el 325, fue reconstruida bajo el imperio de Justiniano, que quiso hacerla "la más bella de las iglesias que hayan existido". Dos arquitectos, diez mil operarios y oro, literalmente en montones, hicieron posible su inauguración en el 537. Después de la conquista islámica del siglo XV, fue transformada en mezquita, para lo cual se le agregaron los minaretes esenciales y característicos. Pero en 1935, el discutido modernizador de Turquía, Kemal Atatürk, decidió convertirla en museo cultural. Su cúpula se eleva a 54 metros del suelo, está sostenida por 107 columnas, los mosaicos del nartex con su Cristo majestuoso hacen de Santa Sofía uno de los monumentos más célebres del mundo.

La mezquita de Solimán el Magnífico, o "Suleymaniye Camii", fue construida entre 1550 y 1557 por Sinan, el más célebre arquitecto del Imperio Otomano, y es admirada por la sobriedad y pureza de sus formas.

Otro de los edificios que otorgan su perfil peculiar a la ciudad es la mezquita azul, o si se lo quiere decir en turco, "Sultanahmet Camii", situada enfrente de Santa Sofía, sobre la plaza del Hipódromo. Distinguida por sus seis minaretes y la distribución armoniosa de sus cúpulas, este templo ha sido denominado Azul por los famosos mosaicos de ese color y también verdes que adornan sus galerías laterales o tribunas.

Es bueno compararla, con otra asimismo admirable, la mezquita de Solimán el Magnífico, o "Suleymaniye Camii". Construida por Sinan, el más célebre arquitecto del Imperio Otomano, es reconocida por su sobriedad y la pureza de sus formas. Fue erigida entre 1550 y 1557, etapa en la que Solimán sufrió su peor desastre, la batalla de Lepanto, el 7 de octubre de 1551, oportunidad venturosa para los occidentales en la que los trescientos navíos conducidos por Alí Pashá fueron arrasados por la flota española y veneciana bajo el mando atrevido del eximio don Juan de Austria, y ocasión consabida en la que Miguel de Cervantes perdiera el uso de uno de sus brazos, no el de su ingenio. Nada en la mezquita sugiere ese desastre. Su cúpula a 53 metros del suelo está sostenida por cuatro columnas de pórfiro, produciendo un conjunto de rara e intensa luminosidad. En el cementerio inmediato se puede admirar el mausoleo de Solimán y de su favorita Roxelana.

La Basílica de Santa Sofía, edificada inicialmente en el año 325, fue reconstruida bajo el imperio de Justiniano, que quiso hacerla "la más bella de las iglesias que hayan existido".

Pasando al pretérito bizantino, sigue en orden de importancia monumental la iglesia de San Salvador "in Chora", o "Kariye Camii", antiguo templo del final de los años de Bizancio. Posee los más bellos mosaicos del siglo XIV. Con fondo de oro refieren toda la historia de la cristiandad desde sus comienzos, y se encuentran en un estado de conservación verdaderamente notable. En la capilla funeraria se conservan frescos soberbios. Cerca de allí la Fethiye Camii tiene igualmente mosaicos del mismo período.

Los palacios

El viajero que visita Estambul no puede dejar de conocer el Palacio Topkapi. En 1453, Mehmet II produce la destrucción definitiva del Imperio Bizantino, tomando Estambul ese mismo año. En 1478 decidió instalar su residencia en el emplazamiento de la antigua acrópolis de Bizancio. El palacio alojó a la corte prestigiosa de este sultán conquistador y la de sus sucesores por espacio de cerca de cuatro siglos. Solimán el Magnífico transfirió allí su populoso harén. El turista se sorprende especialmente por las vastas cocinas donde se ha reunido una colección impresionante de porcelana china y japonesa. Por otro lado, el tesoro deja estupefacto a los conocedores. Hay joyas absolutamente únicas en el mundo, particularmente las engarzadas con esmeraldas.

Finalmente, no por más moderno menos importante, el Palacio Dolmabahce, edificado en el siglo pasado por el sultán Abdülmeçit, es una rara síntesis de artes orientales y occidentales (expresada sobre todo por reminiscencias del barroco alemán). En este ambiente palaciego, prestigioso como pocos, murió Kemal Atatürk el 10 de noviembre de 1938, a las 9.05, como lo proclaman todos los relojes, paralizados en esa hora, remisos así en testimoniar el tiempo cambiante, pero con inerte diligencia, en cambio, para recordar al padre de la Turquía moderna. El palacio, rodeado de jardines suntuosos con amplísima terraza sobre el Bósforo, es ahora empleado para recepciones oficiales.


MOSAICO BIZANTINO DE LA BASÍLICA DE SANTA SOFÍA.


LA MEZQUITA DE SOLIMÁN, CONSTRUIDA EN EL SIGLO XVI.